



Los Cachurecos de Nicaragua

S. S. Tip. La Luz

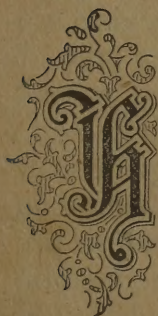
Los Caciques de Nicaragua
Augusta



LOS CACHURECOS DE NICARAGUA.

ACEPTAMOS EL RETO

I.



A circulado en estos días un folleto, publicado en Guatemala, contra los conservadores de Nicaragua. El Dictador del país de los lagos, encontró ya su apologista, y aseguran, algunos espíritus suspicaces, que en la hermosa tierra de Rengifo, vió la luz del día, por primera vez, el que nos lanza dicterios á granel. Tiene razón en esto el General Zelaya: los cortesanos que le rodean, aduladores sempiternos, paniaguados que no siguen otros impulsos que los de sus estómagos eternamente hambrientos, son incapaces de ejercicio intelectual, y menos aún, en el campo literario de la novela, que es en el género en que clasificamos la producción de Momo. Por eso sin duda, buscó lejos, muy lejos, á su panegirista y admirador, que ha tejido la más acabada urdimbre de embustes y vaciedades.

Recogemos con agrado el guante, y aceptamos el reto que nos lanza: viene este caballero defensor de la tiranía, á sacarnos del silencio egoísta en que vivíamos: nos estimula para que atacuemos de frente el edificio maldito que el despotismo ha levantado, en medio de nuestros pintorescos lagos. Sí, aceptamos la lucha, porque tenemos fe en la causa que defendemos, y nos parece ver surgir las sombras de las víctimas que han ofrendado su sangre, como diciéndonos, que ha llegado ocasión magnífica, “para levantar sobre la picota de la vergüenza pública, los restos pestilentes del malvado, muy en alto para que todos le vean, muy sujeto para que nadie pueda desatarlo del único pedestal digno de su infamia”.

Presentamos nosotros á los lectores, al General Zelaya, “metido dentro de su frac” de déspota corrompido y corruptor; pero eso sí, recomendamos que no le den la mano, porque él las tiene manchadas de sangre inocente.

J. Santos Zelaya apareció en nuestra escena política como esos “hongos venenosos después de las tempestades”. Personalidad completamente opaca, no tiene ningún brillo su nombre; y ascendió al poder por uno de esos golpes de la fortuna, tan comunes en Hispano-América, que colocan la túnica de primer magistrado sobre el que no debía sino arrastrar el infamante grillete del presidiario.—Signos físicos para conocerle: carota congestionada, que refleja perfectamente una naturaleza pre-dispuesta siempre para la orgía; ojos ligeramente oblicuos, que fulguran su eterno pensamiento del mal. En las crispaciones de su rostro, en sus movimientos afeminados, traduce la sensualidad brutal que le domina. Posee conocimientos que están, puede decirse, á flor de agua: una idea recogida en las novelas de Paul de Koch, un pensamiento absorbido en la lectura de la prensa diaria, y un aplomo *sui géneris* para hablar de lo que no entiende. De ese intelecto no se puede siquiera decir lo que una dama francesa decía del abate Troublet: “que era un bruto frotado con talento”.

En política ha sido *sans-culotte* de profesión: admi-

ra á Clodio y á Catilina; Marat es su ideal, y si hubiese nacido en la época del terror, sin duda alguna sus instintos canalleros le hubieran impelido á llevar en su pica, la cabeza de la Princesa Lamballe.—Reviste en muchas ocasiones formas hipócritas su crueldad, pues como José Lebón, aquel agente sanguinario de la Convención, dice que tiene que violentar *los tiernos sentimientos* de su corazón para castigar.—Cuando los sátrapas, sin fe ni ley, flagelan, saquean y fusilan á los inermes ciudadanos, el autócrata salvaje exclama, con sardónica sonrisa, como Murillo Toro en Colombia: son retozos democráticos.

Su debilidad intelectual está compensada por el desarrollo físico; pero sus carnes tiemblan y el matasiete se convierte en cobarde eunuco, cuando percibe el menor asomo de peligro.—La nota característica de su personalidad moral es la deslealtad: fue desleal con Carazo en 89, con Sacasa y con los granadinos en 93; fue desleal con los leoneses que le subieron al poder y fue desleal con Rigoberto Cabezas, que reincorporó la Mosquitia.

Este es, á grandes pinceladas, el retrato del señor de horca y cuchilla, de *inmaculada probidad*, que oprime á Nicaragua.

Elevemos el asunto y concretemos cargos.—Sostenemos que J. Santos Zelaya no es liberal, ni lo ha sido jamás. El verdadero credo democrático respeta los grandes sentimientos de decoro y de honor que informan la personalidad humana; proclama y defiende los derechos políticos y civiles de los ciudadanos é irradia ideales de redención. Nosotros comprendemos las diferencias que existen entre el demagogo soberbio, plebeyo endiosado, que experimenta rabia y despecho ante el espectáculo de los méritos y de la virtud, y el creyente sincero que se mueve impulsado por nobles y generosos anhelos.

La oligarquía de gitanos que nos escarnece en Nicaragua, ostenta el símbolo liberal; pero el más ligero observador comprende, que lo que ha ocurrido en aquel desventurado país, es un fenómeno singular: se agitó el vaso y surgieron las zurrapas de que nos habla el padre

Coloma, y hoy, como por arte de encantamiento, aparecen esas mismas zurrapas convertidas en grandes estadistas, hábiles militares y sabios laboriosos que buscan con afán la piedra filosofal de nuestra *felicidad*. Operada esta transformación, han tomado el manto rojo como encuavidor de maldades y á grito herido repiten que son liberales. Y si lo son, convengamos en que Calígula, Nerón, el doctor Francia, Rosas, Rufino Barrios y todos los grandes facinerosos de la humanidad fueron de una honradez inmaculada.

Por más que la adulación rastrera, trate de desfigurar los hechos, la verdad ha de ascender espléndida, y sus destellos iluminarán la obra del crimen. Levantaremos, sin acomodo de frases, sin reticencia de pensamientos, el velo que cubre tanta perfidia, y allí en el escenario, aparecerán los que trafican con la honra nacional, los impúdicos publicanos que cantan victoria en lo alto del Capitolio, en vez de reclinar sus cabezas de galeotes en las pajas de inmundo calabozo.

Nosotros los vencidos, los proscritos, nos sentimos fuertes en nuestra miseria de expatriados; porque hemos cumplido nuestro deber; y así como aquellos harapientos veteranos del Primer Imperio, consideraban título de gloria decir: "yo pertenecía al gran ejército", nosotros consideramos ejecutoria de honra exclamar: somos enemigos de J. Santos Zelaya.

II.

En estos momentos no se debe emplear período suave, pues deseáramos una forma de manifestación más amplia que el lenguaje mismo, para poder fustigar sin piedad á esos protervos, que entre crápulas y orgías de sangre, han hundido la República. La época requiere remedios enérgicos; y hemos de marcar las frentes de esos demagogos envilecidos, que jamás han experimentado los estímulos del decoro.

A las punzadas malignas de los mercenarios de la

prensa, opondremos la coraza de una fe inquebrantable: vamos con hechos claros, notorios, á repeler los ataques de esos aventureros plumarios, que rematan en el mejor postor sus ideas. Vamos á hacer la historia de los crímenes cometidos por el actual Presidente de Nicaragua, y el lector perdónenos que le obliguemos á recorrer un camino triste, parecido á esas vías de la antigua Roma, en donde sólo observa el viajero, ruinas y desolación.

Durante muchos años Nicaragua pudo sustraerse á esa ley fatal, que ha hecho girar á estas Repúblicas en el círculo sangriento de la lucha civil. En ese período de tranquilidad, gozó los beneficios de una paz reparadora y justiciera, y aunque no tenemos la pretensión de creer que habíamos llegado al ideal de la vida democrática, es el hecho que en semejante situación normal se hacían efectivas las garantías de los ciudadanos; se sentían las palpitaciones de la vida republicana; se respetaba la dignidad humana, y una serie de mandatarios de probidad sin ejemplo, descendieron del solio presidencial, con la satisfacción del deber cumplido.

Muchos de esos augustos ancianos, en cuyas cabezas se había amontonado la escarcha de los años, oprimen ya la almohada funeral; pero sus hechos irradiarán luz vivísima en el cielo de nuestra patria historia. Esos patriarcas de la honradez, que abrieron la era de los gobiernos civiles de Nicaragua, nos dejaron grandes legados: don Vicente Cuadra, el precedente de la pureza en la administración de los fondos públicos; el General Guzmán, la libre emisión del pensamiento en todas sus manifestaciones; y don Pedro Joaquín Chamorro, el fuego del más puro amor á la patria. Los que siguieron á éstos, con más ó menos variaciones de detalle, continuaron la obra comenzada. Podemos decirlo con orgullo, casi llegamos en esa época á la edad de oro de nuestras libertades.

Al estado de paz sucedió el de los disturbios; soplaron los vientos huracanados de la revolución, y J. Santos Zelaya, aprovechando los odios regionales que nos han dividido, surgió en la escena, y atrapó la Presidencia

de la República. No aportó ningún mérito: había vivido en la encrucijada, en plena sombra, tanteando el momento en que debía lanzarse para sujetar con su mano de jayán el sillón presidencial.

El doctor José Madriz, uno de los hombres más puros que tiene el liberalismo de Nicaragua, dice, en uno de sus brillantes artículos, hablando del déspota de Nicaragua: "Zelaya fue siempre un conspirador de oficio; el cuartel de Managua fue constantemente el blanco de sus tentativas; su falsa bandera, el liberalismo. En 1884 se lució ante su gazapina, en un colegio electoral, con ensangrentar el rostro de un bofetón, él, joven, robusto y fornido como toro, al anciano Fabio Carnevalini, débil y encorvado por los años, respetable por su cabeza blanca".

Esta fue la ejecutoria que presentó, para legitimar sus pretensiones, ese peón de la política llamado J. Santos Zelaya; y es de ver la placidez con que narra hoy día á sus cortesanos, que lo envuelven en una atmósfera de adulación, los incidentes de ese hecho escandaloso.

Colocado en el poder comenzó á ejercitar sus instintos de déspota, y tocó á uno de los departamentos del Norte, ser el teatro de acontecimientos tristísimos.

Reinaba sobre la ciudad de Matagalpa silencio abrumador, y en las altas horas de la noche, fueron despertados los habitantes por los gritos lastimeros que proferían los presos que estaban encerrados en el cuartel. Comenzó el prólogo de la tiranía: el General Luis Vega, el anciano General Artola, el padre Gaitán, el anciano octogenario don Nazario Vega y Félix Pedro Pastora, fueron terriblemente flagelados de orden del General Zelaya. Todos los espíritus se sintieron conmovidos; como corriente eléctrica vibró en los pechos la indignación; y las señoras más respetables suplicaron por telégrafo al General Zelaya que suspendiera la inícuca orden; pero esa súplica no fue escuchada. La colonia extranjera radicada en Matagalpa, envió también á uno de sus miembros para que pidiera al déspota que no se siguiera aplicando la terrible pena de flagelación; pero esta petición corrió

la misma suerte que la anterior, y los buenos y humanitarios oficios, se estrellaron contra la voluntad onnímota de Zelaya, continuando, de consiguiente, los palos durante varios días. Un grito de protesta se levantó en todo el país, y León, que en esa época sostenía á Zelaya, hizo públicas manifestaciones á favor de las víctimas.

Sentado este horroroso precedente, los sargentones desalmados, que el Dictador tiene colocados en los diferentes departamentos, han aprovechado la lección del maestro, y creen que es pecado inocente eso de apalear á los reos políticos. Han sufrido esa pena multitud de personas, entre las que recordamos á Domingo Blanco, Pedro Cruz, Félix Pedro Pastora, y otros muchos individuos cuyos nombres publicaremos oportunamente.

Se han propuesto Zelaya y Gámez, intimidar á los ciudadanos, empleando métodos de tortura, parecidos á los de la edad media. Cuando sus tropas entraron victoriosas á León, á vista y paciencia del dictador, colgaron de los dedos al Coronel Alfredo Pertz, Rubén Barreto, Celestino Suena, y era de ver la risa canallesca del sicario ejecutor de la orden, cuando las víctimas contraían sus rostros atenaceados por el dolor que les producía tan cruel suplicio.

Estos hechos muestran los quilates del liberalismo de ese círculo: combate á Torquemada porque quemaba en nombre de Dios, y ellos fusilan, flagelan y martirizan en nombre de la Diosa Razón.

Nosotros los retrógrados, los ultramontanos, los cachurecos empedernidos é incorregibles, no aplicamos semejantes medios de coacción; y ellos, los *apóstoles de la democracia*, predicadores de la *buena nueva*, que han proclamado la inviolabilidad de la vida humana, que han rechazado de los Códigos las penas infamantes, lo que es en el desarrollo de la vida práctica, buscan con afán el medio de producir la mayor suma de amargura para sus víctimas.

III.

Merecen capítulo aparte los fusilados. Confiesan que ellos, liberales, defensores de la vida humana, han levantado el cadalso político, pero eso sí, quieren darle á su enorme inconsecuencia, cierto dorado de legalidad. Hay más; como si disminuyera parte de la responsabilidad que les acarrea semejantes actos criminosos, traen á la memoria el hecho de haber sido pasado por las armas, en Matagalpa, Florencio Salgado y Ambrosio Benítez, en tiempo de los conservadores. Esos dos reos fueron ajusticiados por el asesinato cometido en el joven Juan Vélez y compañeros. El rigor de la ley cayó sobre esos criminales, que habían descuartizado, haciéndolos morir después de largo y doloroso martirio, á Vélez y demás víctimas. ¡Y coincidencia singular!, los miembros del tribunal que condenó á Benítez y compañero, pertenecían al partido liberal; y recordamos aquí al principal de ellos, á Francisco Luna.

Aun en el inverosímil caso de que hubiesen sido fusilados por asuntos políticos, siempre es débil argumento traer á este debate, la culpa por disculpa. Es lo mismo, que si se quisiera atenuar las infamias de Zelaya, diciendo que sus ilustres cofrades Cayo Calígula, Vitelio y demás tiranos de la humanidad, habían cometido también atrocidades.

J. Santos Zelaya tenía sed de sangre; imaginaba que el espectáculo del cadalso era breque que debía contener el movimiento revolucionario que conmueve á la Nación. Deseaba dar *saludable* ejemplo, y á sangre fría, con refinamiento de crueldad, escogió á sus víctimas, como se escogen las reses en el matadero.

Reunieron en Rivas un Consejo de guerra compuesto de personas ignorantes é irresponsables, y esas manos que sólo habían experimentado las sensaciones del fango de las pocilgas inmundas, que chorreaban el lodo de los últimos vicios sociales, rubricaron la sentencia que condenó á muerte al soldado Francisco Rivera; le con-

denaron como cómplice en el homicidio del Coronel J. J. Zamora, ocurrido en el vapor *Victoria*, no obstante que en el proceso y en la conciencia de todo el mundo, estaba demostrado que el Jefe Zamora fue muerto al subir las escaleras del referido vapor; y que en esos momentos del conflicto, Rivera permanecía con sus compañeros de guardia en la cubierta del buque.

Pero era necesario ofrecer una víctima propiciatoria, para llevar adelante la teoría de intimidación, y el cuerpo del hombre humilde é inocente, rodó por las gradas del patíbulo, agujereado el pecho por las balas de los pretorianos del autócrata.

Segundo asesinato.

En plena calma, reinando la paz en la República, Constantino Vado fue condenado á muerte por el hecho siguiente:

Remigio Rodríguez, Capitán de la guardia que estaba á bordo del ya indicado vapor *Victoria*, llega un día en completo estado de embriaguez amenazando de muerte á Vado; éste trata de escapar y aun grita, poniendo por testigos al resto de la tropa; pero acosado por el jefe borracho que quería atravesarlo con un rifle armado de una daga, no le quedó otro camino que ejercitar el derecho de defensa, matando á su injusto agresor.

Tercer y cuarto asesinato.

El drama de Jinotepe tiene tonos sombríos; vamos á narrar esta otra gran iniquidad cometida por Zelaya. El 17 de septiembre fuerzas revolucionarias se apoderaron de Jinotepe, á las 7 y 20 minutos de la noche. Antes de que se propagara la noticia fuera de la ciudad, tomaron los asaltantes la oficina telegráfica, y valiéndose del nombre del Jefe Político gobiernista, que acababan de sorprender, ordenaron á los Vanegas, que estaban de guarnición en un pueblecillo cercano á Jinotepe, que in-

mediatamente se reconcentraran á dicha plaza. Como la orden anterior tenía todo el aspecto de haber sido dada por el Jefe respectivo, ellos, los Vanegas, se pusieron en marcha inmediatamente, con sus respectivos resguardos. Los revolucionarios, apostados en el camino, los sorprendieron, y no tuvieron otro remedio que rendirse ante fuerzas superiores. A esto llaman los plumarios *entregar al enemigo los cuarteles y resguardos*.

Se reunió el Consejo que debía juzgarlos, y un joven que militaba en las fuerzas del gobierno, que formaba parte del indicado Consejo, empapado su espíritu en las teorías generosas de la inviolabilidad de la vida humana, trabajó y consiguió que no se condenaran á la última pena á los reos. Cuando Zelaya supo el resultado, ardió en ira, y por telégrafo la Comandancia General ordenó que se reuniera otra vez el Tribunal, siendo entonces condenados á ser pasados por las armas.

Se cumplió la sentencia en medio de los gritos de dolor de todo un pueblo; los Vanegas se despidieron de sus familias y amigos con la serenidad de mártires. Desplegaron los verdugos, en esta ocasión, todo el aparato fúnebre que en los antiguos tiempos se empleaba para despertar los sentimientos de temor en el público. No comprendían ¡insensatos! que no hacían sino retemplar los ánimos ante el espectáculo de semejante iniquidad. Las campanas monótonas y tristes anunciaban que se iba á consumir el más inicuo crimen; todos los semblantes se contraían oprimidos por el dolor intenso y tenaz; y allí debe haber brotado el juramento de la reparación, que en día más ó menos lejano ha de llegar. En los momentos de morir, las inocentes víctimas, se mostraron sonrientes, enérgicas: quizá percibían como por maravillosa intuición, que sus espíritus inmortales iban á ascender, envueltos en el humo de la descarga homicida, para llegar á la lejanía eterna y gloriosa, donde moran las almas de los sacrificados por la libertad.

El pusilánime Delegado del Ejecutivo mientras tanto, oculto en la sombra, temblaba: tenía crispado el ros-

tro, bañaba su semblante una palidez mortal, gotas de sudor copioso rodaban por su frente, y cuando oyó los disparos, tuvo su cuerpo vibraciones extrañas, semejantes á las contracciones tetánicas. Tal vez en su cerebro, como gotas de plomo, caían las gotas de sangre, la sangre de sus hermanos; tal vez hubo en aquel "interior ahumado" albos de arrepentimiento. Pero decimos mal, esas conciencias son incapaces de la purificación por medio del arrepentimiento, lo que se opera en esas almas, son fenómenos psicológicos de miedo; y los espejismos de su mente les hacen creer, que, como la sombra del Comendador, se desliza por ahí, el espectro de la venganza popular, pidiéndoles estrecha cuenta de sus actos.

Poseen memoria bastante frágil los panegiristas del General Zelaya, y es indispensable que les recordemos otros crímenes cometidos por el caricaturesco Bonaparte hechizo, que inflado por la más absurda vanidad se imagina que es hoy árbitro de los destinos de Centro-América.

El Coronel salvadoreño, Gerardo Peña, acompañó al General Rivas, en una expedición contra Zelaya. La expedición se disolvió sin haber disparado un solo cartucho; fue avanzado Peña y ya rendido y entregado á las autoridades nicaragüenses fue fusilado sin fórmula de juicio.

Francisco Rivas [a] *Grillo* fue conducido al punto denominado *La Cuesta*, lugar situado á dos millas de la capital, y allí fue fusilado en virtud de una orden verbal del Comandante General.

Igual suerte corrió Diego Ramírez, originario de León, que en una borrachera manifestó que él asesinaría al General Zelaya. Firmó con estas palabras su sentencia de muerte. Fue enviado por el camino de tierra que conduce á la Metrópoli, y en el tránsito los polizontes lo remataron disparándole diez y ocho balazos de revólver.

Brígido y Néstor Obando estaban el 18 de septiembre en las cárceles de Granada; y á las 11 de la noche fueron sacados. y nadie ha sabido más de ellos.

G. W. Reuling, aventurero sin patria conocida, fue colocado por Zelaya en el puesto de Jefe Político de Matagalpa. Allí, aquel hombre vil, aprisionó, flageló y ultrajó á muchos indefensos ciudadanos, y coronó la obra asesinando con su propia mano, sin motivo ni pretexto alguno, al honrado é inofensivo joven Juan Francisco Pineda. El delito ha quedado impune, pues Zelaya siente por Reuling la debilidad que experimenta el maestro ante el aventajado discípulo.

La corona de la tiranía triunfante, posee aún, otro florón más negro. La pluma vibra de indignación al narrar cómo ha progresado la escuela del crimen en el Palacio de Managua, pues para estimular sus instintos sanguinarios buscan ya, con ansia, novedad en la sensación. El refinamiento cruel de barbarie es el siguiente:

En un lugar llamado Esquipulas, jurisdicción de Moyogalpa en la isla de Ometepe, fue avanzado el individuo Francisco Martínez [a] *Campaña*, por las fuerzas gobiernistas. El Coronel Alejandro Caracas hizo que cavara el infeliz reo su sepultura, y á renglón seguido le fusiló.

Estos hechos demuestran, por la barbarie que revelan, que el temperamento sanguinario del General Zelaya es un verdadero caso patológico, digno de un minucioso estudio antropológico; y que bien podía dar asunto para una novela análoga á la "Bestia Humana" del autor de la serie de los Rougon Macquart.

IV

Cerramos el estudio de los hechos de sangre para comenzar el de los ataques verificados contra la seguridad personal.

Al que en esta época vaya á Nicaragua y pregunte dónde está la gente que vale moral é intelectualmente, le dirán, que ó permanece en inmundas bártolina, ó en tierras extrañas, purga el enorme delito de tener honra. Al extranjero que llega por primera vez, le damos con

seguridad esta guía: si quiere conocer á los pícaros, que vaya al Palacio de Managua, al panóptico del crimen, que allí los encontrará envueltos en saturnales desenfundadas, bailando la danza macabra de las bacanales bizantinas: si quiere conocer á las personas honradas, búsquelas en la Penitenciaría, que allí están arrastrando cadena de presidiario, cadena que es ahora signo de honor. El algodón harapiento de un reo, es hoy certificado de dignidad, presunción fortísima de que esos guñapos cubren el cuerpo de un ciudadano defensor del derecho, así como las togas de los Magistrados cubren la podredumbre de caracteres envilecidos y venales.

Llenaríamos muchas páginas si consignáramos los nombres de las personas distinguidas, que han permanecido en las cárceles de Nicaragua, que han arrastrado cadenas y que han estado sujetos por grillos, esposas y carlancas. Baste saber que á estas torturas inícuas, no han podido sustraerse, ni ancianos venerables é indefensos, ni las matronas dignas por mil títulos del respeto y consideración social.

Para muestra un botón: dirigiase de Guatemala para Costa Rica el señor doctor don Félix Quiñónez. Al pasar por San Juan del Sur, fue extraído del vapor y conducido inmediatamente á Managua y encerrado en una bartolina asquerosa, de la cual le sacaban para obligarle á conducir vasos llenos de inmundicias, acarrear pesadas piedras y enormes vigas. Ahora bien, cuando no podía soportar el peso que le hacían llevar sobre sus hombros, caía en tierra desmayado, y entonces, viles sayones descargaban sobre él terribles golpes de vara. Recordamos que entonces *El Diario Nicaragüense* protestó contra semejante atentado, y eso le valió su muerte y la persecución feroz, que más tarde inició Gámez, el instigador de esos vejámenes, contra el Director de ese periódico, el eximio hombre público, don Anselmo H. Rivas. Allí está el señor Quiñónez en León, quien puede decir si no es cierto lo que hemos referido, y que él hizo

patente, mandando á la prensa, desde su prisión, un informe detallado de los ultrajes inauditos de que fue víctima.

Como las dimensiones de este folleto tomarían largas proporciones si nosotros consignáramos los nombres de las víctimas ilustres, que han sido objeto del furor del Dictador, nos concretamos á citar á vuela pluma, los de unas cuantas señoras.

Doña Dolores de Maliaño, hermana del actual Ministro de Fomento, ha sufrido la pena de reclusión en las cárceles de Rivas, tan sólo porque no podía pagar \$10,000 impuestos como multa á su marido ausente.

La señora del súbdito italiano, don Eugenio Morice, ha sufrido la misma pena en la ya indicada ciudad de Rivas. Con esta señora y con doña Trinidad de Maliaño, gastaron los señores LIBERALES refinamientos de increíble barbarie. Primero las colocaron en una torre, que mide 100 pies de altura; luego las llevaron al cuartel; y estos *paseos higiénicos* debían servirles, según el concepto palaciego, para que no sufriese alteraciones la salud de tan apreciables damas. Agréguese, que á la señora de Maliaño, le daban aumento de tortura, exponiéndola á los rayos del sol, pues le encargaban al astro del día, que sofocara á la infeliz señora, hasta que sofocada por el calor africano, diera dinero y más dinero, que es el único medio de satisfacer el hambre voraz de esos desalmados.

La prensa ha narrado con vivos colores las persecuciones verificadas contra las distinguidas damas granadinas doña Carmela Chamorro de Cuadra, hija del eximio patricio don Pedro Joaquín Chamorro, y contra doña Dominga Zelaya de Chamorro, ligada por parentesco cercano con el Dictador semisalvaje.

El Consejo de guerra de 16 de febrero del año corriente, condena á la pena de once años de presidio al niño de diez años de edad, Martín Alvarado. Está visto que el círculo zelayista ha de revolucionar también la filosofía penal.

V.

Ataques contra la propiedad.

La propiedad, base de las familias en las relaciones sociales, ha padecido, en Nicaragua, el más rudo ataque que se registra en los anales de Hispano-América, y no nos extraña que los plumarios, en su alegato de buena prueba, confiesen que tal procedimiento es justo. Es lógico que posean semejante criterio los que en estos momentos, gozan del riquísimo botín que su amo y señor les reparte.

Creyendo plagiar, los jacobinos de nuevo cuño que mandan en Nicaragua, á los convencionales del 93, se han apoderado de los bienes de los particulares, y esos compañeros de Luigi Vampa, llaman en su caló de rufianes, á estas expoliaciones: "cortar víveres". El *sanísimo* principio de Proudhon ha recibido espléndida aplicación: la propiedad es un robo, dicen ellos, y es llegada la ocasión de satisfacer las hambres rezagadas que nos oprimen á costa del patrimonio ajeno. ¡Parece que uno escucha el clamoreo de esas palaciegas aves de rapiña, que después de concluir con el Tesoro Nacional, clavan sus picos ensangrentados en el bolsillo de los particulares!

Es bien sabido que en todos los países del mundo, la gente acaudalada, es decir los propietarios, son los que menos se ocupan en la tarea de fraguar complots revolucionarios. El capital es siempre asustadizo, de consiguiente, enemigo de ruidos y de aventuras políticas; y acepta la paz como el mayor de los beneficios. Nicaragua no podía ser excepción de la regla general, y deben ser poderosos los motivos que han impulsado á los propietarios á ejercitar el derecho de defensa.

Durante mucho tiempo, los hombres serios de nuestro partido, han contenido la acción fogosa de la juventud, que siempre ha deseado sacudir el yugo ignominioso con que nos oprimen los gitanos ambulantes que com-

ponen el círculo de J. Santos Zelaya. Durante varios años ha perseverado en sus espíritus la siguiente teoría: sufrir los desmanes de un mal gobierno, antes que lanzar al país á los horrores de la guerra civil. Estos eran los principios que proclamaban los jefes de la oposición.

Pero á los que no buscan en el ejercicio del poder ningún ideal patriótico, no podía convenirles tan sensata conducta, y estaba en sus intereses personales, fomentar disturbios que justificaran los empréstitos y confiscaciones. La imaginación *liberal* inventó entonces conspiraciones: testigos falsos declaraban ante jueces miserables y corrompidos; las cárceles se llenaban de personas inocentes, y el rico filón de las multas, fue explotado admirablemente, acreciendo el haber de Zelaya, Gámez y Cía.

Las alturas del poder produjeron vértigos en esas conciencias manchadas: ellos, hijos de la cloaca, que siempre habían vivido en plena tiniebla, entre los vahos alcohólicos de la taberna, combustionados por la crápula; ellos, que habían pasado su existencia como emparedados por el vicio, reclinadas las frentes sobre el verde tapete de las mesas de juego; ellos, verdaderos artistas de la maldad, se encontraron de la noche á la mañana, convertidos en señores de todo un pueblo, y experimentaron el mareo que produce la cima en cerebros débiles y vacíos.

Como no poseían conocimientos económicos, creyeron bastante expedito el sistema de acabar con los capitales de sus enemigos, dando principio á la cruzada contra la propiedad, que aun persiste hoy, como el primer día, y que no concluirá sino cuando concluya el reinado de los descamisados.

Aun en estos momentos de paz, se organizan patrullas que hacen visitas domiciliarias en las casas de inermes ciudadanos, buscando los restos del botín; y cuando ya no encuentran objetos de gran valor, salen con las espaldas encorvadas, oprimidas, con los muebles que les quitan á las familias.

Podríamos citar á millares los casos de personas opu-

lentas, que hoy están en la miseria, debido á las confiscaciones inicuas del tirano; pero creeríamos ofender el sentido público centro-americano, narrando y repitiendo lo que todo el mundo conoce en estos países.

En materia de confiscación, han superado el monstruoso decreto emitido en Dublín, en tiempo de Jacobo II, que condenó á la miseria á dos ó tres mil ciudadanos.

La pena de multa recae siempre, no sobre el más comprometido, sino sobre el más rico. Don Salvador Bermúdez, persona que todo el mundo en Nicaragua sabe, que siempre ha permanecido alejada de las cuestiones políticas, fue impelido á pagar, en el perentorio término de 24 horas, la suma de \$50,000, y así muchos otros.

El procedimiento legal que el régimen actual emplea para hacer efectivas las multas, tiene notas originales: nombra el Gobierno un perito para valorar la propiedad que desea quitar al reo y se fija la décima parte de su precio como base, subastándose por las dos terceras partes. Son postores aprovechados siempre, los esbirros de Santos Zelaya.

VI

Respecto del pacto, que dicen los defensores del General Zelaya, que los conservadores hicieron con el Gobierno de Costa Rica, por el cual consentían en la modificación de la linea divisoria, debemos hacer la siguiente declaración: no consagramos á ese punto, ni un solo pensamiento, pues discutiéndolo siquiera, sería signo de que se pone en tela de juicio la alta personalidad moral del partido conservador de Nicaragua; y todo el que conoce la honradez intachable de ese partido nicaragüense, sabe bien que no es capaz de semejante traición.

Esa calumnia es hija legítima del cerebro de José Dolores Gámez. Se nota que él continúa en la tarea de inventar documentos, con los que cree hacer daño á la oposición. Sabido es que hace poco suplantó las firmas de varios caballeros, lanzando proclamas que él mis-

mo había elaborado. Ya en otra época, en 1886, inventó que el doctor Cárdenas se había vendido á la Compañía del Canal de Panamá, llevando su avilantez hasta su plantar una carta del señor Presidente de aquella Compañía; y hoy remata su impostura, queriendo hacer comulgar con ruedas de molino al público nicaragüense. Por fortuna es el factótum del Palacio de Managua tan conocido, que sus disparos son inocentes tiros sin bala.

VII

Dice *Momo* [y por cierto que más bien debía apellidarse *mamador*, por la cosecha de pesetas que le ha proporcionado la Tesorería de Nicaragua] que los *liberales* se distinguen por la superioridad del número, lo mismo que por su inteligencia, audacia y posesión de recursos.

En cuanto á la posesión de recursos, sí, tiene razón, pues han *hecho y guardado* bastantes *economías*. Los almacenes saqueados, las casas de los particulares vendidas en pública almoneda; los ganados de las haciendas de Chontales arreados por cuenta de los principales agentes del gobierno; las cosechas de café de los propietarios, dilapidadas; las cofradías de comunidades religiosas como las de Boaco, atrapadas en virtud de hábiles combinaciones pardas; las multas, que han sido para los liberales el hallazgo de la piedra filosofal, todo esto, en fin, ha sido origen de abundante producción para sus bolsillos, y hoy, llenos de satisfacción íntima, ricos y felices, hartos de tanto devorar, están, como dice *Momo*, en posesión de cuantiosos recursos.

Pero ¡ah! respetable señor *Momo*, lo que no le perdonarán sus amigos, es la cruel ironía de haberlos llamado inteligentes; no selo perdonarán, porque es eso el colmo del ridículo.

El que haya viajado por Nicaragua habrá visto, sin duda alguna, en las calles, en las plazas, en las oficinas públicas, en los vapores, en los trenes, la serie de tipos

cómicos que componen el círculo zelayista. Son tipos dignos para ser descritos por la pluma de Taboada. Aquí, se ve á un General ex-Ministro, lugar-teniente del dictador, panza curva, inflada á fuerza de tanto mamar en la Tesorería nacional. A este militar, que se cree más valiente que Ney, si se le observa un tanto, se nota los esfuerzos que hace por romper la envoltura vulgar y cursi que domina sus maneras; pero no es posible; el pobre peón se revela en sus actitudes bruscas y en su mohín afectado; se ve, se palpa cómo se esfuerza por dar á sus movimientos, cierto tinte de cultura, y cómo al mismo tiempo, se ahoga, oprimido por el vestido del hombre civilizado. Dan deseos de decirle: amigo mío, la fragua os espera, id á levantar con vuestras manazas de mozo de cordel, el martillo que en otra época os produjo callos honrosos.

Más allá salta el Pontífice del liberalismo nicaragüense: es el único que puede coordinar siquiera una oración; el fuego de sus miradas de cocodrilo, pone de manifiesto al loco corrompido que saca inmensa ventaja de los disturbios y de la anarquía que él mismo fomenta.

Por este lado aparece el rábula de la pandilla, enclenque y vacilante; su oficio es dar colorido de legalidad á la barbarie traducida en ley. Su color pálido y el andar agachado indican, que busca en el suelo, en el lodo, la fuente de su inspiración.

Llenaríamos cuartillas y más cuartillas si nos propusiéramos copiar toda la realidad del cuadro liberalesco.

VIII

Reproducimos á continuación dos decretos emitidos por los agentes del dictador; pueden servir de termómetro para apreciar los grados de barbarie del gobierno de Nicaragua.

Se comentan por sí solas esas dos disposiciones draconianas.

J. D. Gámez, Delegado del Poder Ejecutivo en Rivas, en uso de sus facultades, decreta:

1º Organízanse partidas volantes de caballería, que batan á los merodeadores donde quiera que los encuentren.

2º Decláranse fuera de la ley á dichos merodeadores. En consecuencia, los Jefes expedicionarios pasarán en el acto por las armas á todos los que sean aprehendidos.

3º El militar ó funcionario público que entorpezca el cumplimiento de este decreto, será tenido como traidor, y juzgado con el rigor de ordenanza.

6º Los propaladores de noticias alarmantes serán castigados gubernativamente con multa de 50 á 2,000 pesos y *golpes de varas*, si fueren reincidentes y varones.

7º En igual pena incurrirán los que oculten á los culpables de sedición.

J. D. Gámez.

Juan Pablo Bodán, Jefe Político del Departamento de Granada, en uso de las facultades de que se halla investido, Decreta:

1º Toda persona de cualquier sexo, residente en el cerro de Mombacho, debe reconcentrarse á esta población ó á la que elija, dentro de 4 días de publicado el presente decreto.

2º Los contraventores á esta disposición, serán considerados como enemigos, y en tal caso, *pasados por las armas*.

Granada, 18 de marzo de 1898.

Juan P. Bodán.

IX

La mejor prueba de que la lucha contra J. Santos Zelaya no es lucha política, sino social, es el hecho, de que están expatriados también los principales jefes del verdadero liberalismo nicaragüense. No se han ido, á pesar de los llamamientos que les ha hecho el dictador;

prefieren comer el pan del ostracismo antes que presentar el espectáculo de la patria envilecida.

Volverán, cuando liberales y conservadores, unidos en la gran fórmula de nicaragüenses, vayan juntos, "á paso de vencedores" á darse el abrazo de reconciliación sincera, sobre los restos malditos de la autocracia que nos escarnece; volverán todos á quemar sobre el altar de la patria libre, los odios lugareños y las rencillas de aldea que nos han dividido, que sólo han servido para fortalecer el régimen de la iniquidad. Sí, tenemos fe en que ha de brillar la aurora de redención, borrando con sus destellos suaves, las denominaciones de Orientales y Occidentales, é iluminando solamente, el título legítimo de ciudadano nicaragüense.

X

Nos ha causado alguna sorpresa, saber que *Momo* figura en las filas del radicalismo colombiano; aunque puede suceder que existan analogías de doctrina entre el círculo zelayista, y cierta fracción del partido en referencia. En ese concepto, no incurren en grave inconsecuencia, defendiendo la figura sombría del Dictador de Nicaragua.

Será éste el modelo que ofrecen á sus connacionales? Será, más bien, que existen diferencias sustanciales, signos de separación evidente, entre los principios que sustentan, Miguel Samper, Salvador Camacho Roldán, Aquileo Parra y otros que forman la plana mayor del liberalismo colombiano, y los que se deleitan con los hechos de sangre de J. Santos Zelaya.

¿No es acaso verdadera antinomia política, concebir que los que combatieron al sargentón Melo; que los que han defendido ese lirismo, que se llama *Constitucion de Río Negro*, estén abogando por un régimen terrorista?

XI.

Para concluir: damos también algunos consejos á los

liberales de Nicaragua y á su ilustre Jefe. No les aconsejamos que cultiven las bellas artes, porque esto sería pedirle peras al olmo. Además, está visto que el buey no hablará dos veces; y á no ser que se repita el milagro de Moisés, esas *peñas* no echarán el agua cristalina de un solo pensamiento. Pero sí les recomendamos, que cuando estén hartos de sangre, cuando la patria esté completamente aniquilada por sus robos y asesinatos inauditos, que se dirijan á la Calabria, región en donde pueden encontrar compañeros, que son, á no dudarlo, hermanitos de ellos, por el crimen; organicen allí su partida, ejercitando las admirables disposiciones que tienen para el bandolerismo. De este modo darán fin y remate á sus aventuras, colgados de las ramas de los árboles ó subiendo las escalas del único tronco digno de sus infamias: el patíbulo.

Y aquí paz y después gloria.

Los cachurecos.

San Salvador, 1º de junio, 1898.



